

PREMIO MUNICIPAL DE POESIA 1942

"Contienda" por Juan Liscano

HACE POCOS DIAS, con un retraso en la fecha de casi dos años, fué otorgado el Premio Anual Municipal de Poesía.

Favorecido por la decisión mayoritaria del Jurado fué el poeta Juan Liscano (1), por su libro de poemas titulado "Contienda" (2).

Aunque este premio fué creado por la Gobernación del Distrito Federal, sin embargo el concurso se abre para todos los escritores poetas del país, y por esta razón tanto el certamen como el triunfo revisten el carácter de nacionales.

Con la sinceridad e independencia que siempre hemos procurado observar en estas notas literarias, vamos a ofrecer a nuestros lectores el juicio que nos hemos formado, tras de reposado estudio, del libro recién premiado.

* * *

"Contienda" es un cuaderno de poemas exquisitamente presentado. Tipográficamente no puede pedirse nada más elegante ni más sobrio. Aun el formato, de tipo apaisado y de medidas poco usuales en esta clase de impresos, (nos ha recordado la edición que poseemos de "Crepusculario", de Pablo Neruda, hecha por la Edit. Nascimento, de Chile), ha sido bien calculado de acuerdo con el texto original que había de encerrar en sus páginas. El cuaderno contiene escasamente cincuenta páginas de texto. Son en total dieciocho los poemas, distribuidos en tres secciones numeradas. El primer poema, que tal vez en el pensamiento del autor sirve de prólogo a los restantes, está colocado aparte, y precede a la primera sección.

Hemos de pasar ya a exponer que nuestra primera impresión, al enterarnos del fallo emitido por el Jurado, y recaído favorablemente sobre "Contienda", fué de sor-

(1) Juan Liscano nació en Caracas en 1914. Dirigió la revista literaria "Cubagua", y ha colaborado en diferentes periódicos. Actualmente tiene a su cargo la Página Literaria de "El Nacional". Ha cultivado con afán los estudios folklóricos venezolanos. Además de ejercitarse en la crítica literaria, ha publicado los siguientes libros de poesía: "8 Poemas", Impresores Unidos, 1939; "Contienda", Editorial Elite, 1942; "Del Alba al Alba", Poema, Tipografía La Nación, 1943.

(2) Juan Liscano, "Contienda", poemas, Editorial Elite, Caracas 1942.

presa y de perplejidad. Y tal impresión no lleva trazas de desaparecer.

Nos parece no estar equivocados si suponemos que un premio nacional de literatura, y en concreto un premio de poesía, ha de adjudicarse a una obra que como base de todo otro posible mérito y perfección, tenga la indispensable cualidad, humana y literaria, de ser algo inteligible y gustable para la mayoría de sus posibles lectores. Toda otra consideración de escuela, de procedimiento, —y nada digamos aun de moda o de imposición de grupos literarios—, debe quedar si no del todo eliminada, por lo menos sí relegada a un plano muy secundario.

No queremos ni por un momento ir a lanzar sospechas sobre la imparcialidad con que el Jurado habrá procedido en el presente caso. Pero sí es una cosa innegable, que tal vez, habituado y familiarizado con las tendencias o con la escuela literaria a la que pertenece el autor de "Contienda", echó en olvido o no tuvo muy presente el hecho de que su fallo ante todo debía redundar en beneficio de la colectividad, y de los omantes en general de la lectura de obras nacionales. No se estaba dando un fallo para sólo el corrillo más o menos numeroso, y más o menos engreído y auto-satisfecho, de escritores y poetas.

El caso es que "Contienda" es un libro para sólo un reducidísimo número de lectores; o sea para los afiliados a determinada escuela poética, y seguidores de problemáticos procedimientos literarios. Todos los demás venezolanos que no militamos en el grupo de esos "selecti quidam", sino que trillamos la senda común, —aunque con grandes aficiones y gustos literarios, — tenemos que resignarnos a ver descansar un honroso premio literario sobre las páginas, —tal vez excelentes y meritorias, — de un libro que no nos es dado entender ni gustar.

Esta última afirmación no es ni inconsiderada ni prematura. Hemos dedicado no pocas horas a la lectura y estudio de los poemas de "Contienda", y al final de todo ese trabajo nos hemos quedado de un todo ayunos del goce artístico que perseguíamos.

No vamos en estas notas a intentar juicio alguno, ni a emitir opinión con respecto a la escuela poética modernísima a la cual pueda estar afiliado Juan Liscano. Nuestras observaciones sinceras y directas se re-

fieren únicamente a su libro premiado.

El primer poema lleva por título: "Canto tu otro cuerpo", y empieza de la siguiente manera:

"Canto tu otro cuerpo dormido en la pradera,
aguas y luces, tréboles y arcillas; tu cuerpo
que vela la brisa tañendo su flauta de plata.
Canto tu otro cuerpo dormido en la pradera.

Aquí, agrio silencio y pobreza del cuchillo
que ronda las venas de tu mentida forma.
Aquí, miseria y palidez, traición de espigas
y del agua, traición de la fruta en el huerto".

Y en esta forma, en una larga serie de grupos de cuatro líneas, se desarrolla el primer poema; pero al final de repetidas lecturas nos hallamos sin poder adivinar qué es lo que el poeta nos quiere decir. Estamos seguros de que la inmensa mayoría de los lectores, se quedarán al igual que nosotros, completamente en suspenso, bajo una espontánea mueca de perplejidad. Y es más: aun entre elementos que alardean de conocedores y defensores de la llamada **poesía nueva**, muy posiblemente no se daría perfecta igualdad en la interpretación del pensamiento del poeta.

Si abrimos la sección segunda del libro, y leemos el primer poema que lleva precisamente por título "Contienda", nos encontramos que empieza con estas líneas:

"Solo el clavel azul de mi sueño
y nada más; ni siquiera el llanto.
Sólo el clavel azul de mi sueño.

Pudiera ser raíz de tu cuerpo,
pero no quiero la savia sino la flor.
Solamente la flor desnuda en el aire.
la flor, tu flor de ríos bajo mi rostro".

¿Hay alguno de mis lectores, no iniciado en los secretos de la **poesía nueva**, que pueda encontrar algún deleite en seguir leyéndose tiradas y más tiradas de líneas de esta naturaleza, sin entender nada de lo que con ellas se ha querido expresar?

A buen seguro que muy de otra manera apreciará y hasta saboreará, toda persona que lleve en su alma un átomo siquiera de gusto literario, versos como los que vamos a transcribir aquí. Habla un poeta de una flor, y dice:

"Cuando se abre la mañana,
roja como sangre está.
El rocío no le toca
porque se teme quemar.

Abierta en el mediodía
es dura como el coral.
El sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar.
Cuando en las ramas empiezan
los pájaros a cantar
y se desmaya la tarde
en las violetas del mar
se pone blanca, con blanco
de una mejilla de sal.
Y cuando toca la noche
blando cuerno de metal
y las estrellas avanzan
mientras los aires se van
en la raya de lo oscuro
se comienza a deshojar".

Esto, —dirán mis lectores— si es poesía. Y cierto que lo es, y de una categoría tanto más sublime cuanto más sencilla parece a primera vista. ¿Se creerá que hemos ido a buscar este ejemplo en la literatura española de la Edad de Oro? Quien no conozca esos versos exquisitos, que todos entendemos y gustamos, ¿pensará que son de algún empecinado seguidor de anacrónicos escritores clásicos? Pues, sépase que esos versos los escribió un modernísimo poeta español, estimadísimo en la escuela de la **poesía nueva**, y a quien los discípulos de dicha escuela han dedicado extensos y exaltados ditirambos; esos lindos versos a **una flor** los escribió en 1936, Federico García Lorca!

Si seguimos leyendo, en cambio, el laureado libro "**Contienda**", no haremos sino encontrarnos cada una de sus páginas saturadas de un mismo material casi absolutamente ininteligible para el común de los lectores. Para no multiplicar ejemplos que cansarían (3), añadamos aquí sólo uno más, tomado del último poema que se titula "Canto al toro fugitivo".

"Alto y duro, movediza montaña de sangre
sosteniendo un cuerno de encendida luna,
por tierra, mar y cielo, Toro del Gran Poder
con las tres divinas personas en una.

Toro verde fuego de praderas solitarias
donde arde y se repite la rosa de los vientos.
Toro sin torero con un ave entre las astas
y negras puñaladas bajo sus pasos lentos".

(3) No se crea que los pasajes que hemos ido citando, han sido escogidos de intento entre los menos inteligibles. En cualquier página que se desee se encuentran iguales; pero sí los hay más oscuros todavía que los aquí transcritos.

De una cosa sí no cabe dudar: "Contienda" es un libro en el que se evidencia un trabajo arduo y tenaz por parte de quien forjó todos esos poemas. Juan Liscano ha debido volcar muchas y muy intensas horas en la ejecución acabada de esa ininterrompida serie de expresiones, que él en su mundo poético concibió y gustó. Pero no puede menos de sentirse que trabajo tan generoso y decidido, haya de servir para solaz literario de solo unos pocos iniciados en los secretos de ese arte nuevo. Y esto es tanto más de lamentar, cuanto que en unas pocas expresiones, —que hemos pescado avizoramente en algunos de los poemas,— Liscano demuestra que sabe hacer poesía. En el poema "Canto de la mañana" encontramos esta frase manífica:

"Hoy amanecieron florecidos los bucares del valle;
corazón abierto entre las manos del sol".

Y en "Encuentro furtivo", esta otra:

"En las vidrieras fastuosas flotaban nuestros rostrós
como hojas secas caídas en el agua de un pozo".

Pero en cambio de esto, cuánta expresión ramplona y prosaica, —debida seguramente al prurito de los cánones de escuela;— un poema empieza con esta línea: "Recuerdo los gestos fidedignos y voluntarios". . . . Y más adelante dice: "Yo me multiplicaba y como alegre sembrador echaba al aire nombres de animales y de cosas". Y el último renglón de todo el libro es éste: ". . . joven como luz, intacto, perfecto y renacido".

Además, qué limitado número de formas de expresión; cuánta insistencia en repetirnos alguna frase con la que el poeta se siente encariñado; cuánto abuso de ciertos colores. El rojo está empleado doce veces, para calificar lo mismo a un caballo, que a un caracol, que a una perla o a un cetro. El verde, no menos de catorce veces, y con no menor escala de objetos calificados. El azul, también otras doce veces, acompañando a jinetes, a niñas, a peces, a claveles. . . . El número siete, —no sabemos si tomado en el sentido bíblico,— acompaña a diversos objetos no menos de seis veces. Hay afán en presentarnos cosas caídas: toros, sombras, fuentes. . . . Además: los peces, los ríos, las raíces, los cuchillos, los dedos,

entran con excesiva frecuencia en lo que suponemos continuo juego de figuras poéticas. Y por último el empleo de otras palabras como: ombligo, axila, senos, caracola, etc. nos parece que la mayoría de los lectores sensatos no lo aceptarán con mucha complacencia.

Cierto que toda esta enumeración podría parecer una pequeñez crítica, que no debía de tomarse en cuenta; pero tratándose de una obra en la que por razón de escuela tanto se tortura no solo la frase, sino lo que es todavía peor, aun la sintaxis y la analogía gramaticales, queremos destacar el hecho de la misma pobreza y hasta monotonía de lenguaje que necesariamente tiene que resultar de tal actitud; el rebuscamiento y el alambicamiento de las expresiones no puede menos de limitar el campo poético, además de desfigurarlo y desnaturalizarlo.

Hay un sólo poema, entre los dieciocho del libro, que aun dentro del corte característico de todos ellos, viene a servirnos de pequeño consuelo en nuestra incapacidad de comprensión de los restantes. Es el titulado "Canto del alegre deseo"; y aunque ni en éste siquiera llegamos a ver claro el pensamiento central, sin embargo muchas de las expresiones simbólicas están aquí menos cerradas a la claridad y a la llaneza.

Ojalá que las dotes indudables de poeta sensible y decidido que hay en Juan Liscano, llegasen a enrumbarse por senderos más pacíficos y hasta más humanos que los actuales. De lo contrario irá aumentando, día a día, la producción poética que nadie lee, y que nadie gusta, porque nadie la entiende.

Felicitemos, pues con toda cordialidad al poeta Juan Liscano por el lauro que corona su indiscutible consagración al trabajo poético. Y quédenos a nosotros el sentimiento, —como al igual de una inmensa mayoría de lectores de "Contienda",— de no poder saborear las íntimas bellezas poéticas que hurañas se esconden tras de tan ingeniosas marañas.

Sólo nos resta esperar que los Jurados designados para futuros Concursos contribuyan con sus fallos a estimular el cultivo de la poesía llana, sincera, espontánea; de la poesía que todos podamos gustar y que nos haga agradecer el buen rato que su lectura nos proporcione.

Pedro P. Barnola, S. J.